

UNA POLÍTICA EXTERIOR PARA EL NUEVO TIEMPO

GUILLERMO JACOVELLA

EMBAJADOR EXTRAORDINARIO Y PLENIPOTENCIARIO DE LA ARGENTINA. EX EMBAJADOR
EN ESPAÑA Y EX PRESIDENTE DE LA COMISIÓN ADMINISTRADORA DEL RÍO DE LA PLATA

En vísperas de un próximo y significativo cambio político en el país, es oportuno formular algunos comentarios y propuestas para una renovada política exterior argentina. Si bien la política exterior no constituye un tema de debate de las campañas políticas y que, en general, como tópico no atrae a las clases dirigentes, es evidente que ella tendrá una significación cada día más determinante para el éxito de las políticas globales que encare el país. En esa perspectiva es urgente que ajustemos nuestras visiones del mundo, para que ellas sean vertebadas a la luz de los intereses reales de la Nación Argentina. Esta es una excelente oportunidad histórica para que la Argentina profundice sus intereses haciendo un uso inteligente y apropiado de los recursos disponibles.



POLÍTICA EXTERIOR EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE

La política exterior de un país constituye una parte indisoluble de sus políticas globales y debe ser la expresión de sus aspiraciones e intereses. Si la Argentina va a encarar, como así lo exigen las nuevas circunstancias históricas, un ajuste sustancial en las metas y los estilos de gobierno, para atender con realismo las necesidades de toda la población, fortalecer la confianza pública y recrear la autoestima nacional, ello deberá traducirse naturalmente en su accionar externo.



Estamos convencidos de que se necesita hoy como nunca una gran movilización moral para darle un nuevo tono al país y desplegar una renovada y urgente mirada de aprecio hacia las personas y las cosas de la Argentina, con la certeza de que sólo así, juntos y solidarios, podremos afrontar la gran tarea de la reconstrucción nacional. Tras largos años de una prédica interesada en mostrarnos únicamente las virtudes de los de afuera, es necesario, hoy más que nunca, fortalecer la confianza en las posibilidades del país y de sus gentes.

La Argentina ha dejado de ser una casa común para millones de argentinos. Para muchos de nuestros compatriotas se ha transformado solamente en una oportunidad de negocios. Sabemos, sin embargo, que no existen factorías prósperas, que sus éxitos son efímeros y que las economías libradas al capricho del capital financiero son las más vulnerables.

Las naciones más desarrolladas son aquellas que guardan la memoria de su pasado, que participan de valores que practican y respetan, que dan consistencia a sus sociedades atendiendo a las necesidades y aspiraciones de su población y que integran a sus ciudadanos en un saludable sentido de pertenencia, en suma, que forman una casa común.

Si esos prerrequisitos difícilmente puede llevarse a cabo una nueva política en el país, y mucho menos una política exterior asentada sobre los intereses reales y permanentes de la Nación Argentina.

Lo expuesto es aún más perentorio frente a los nuevos tiempos tormentosos que caracterizan la actual escena internacional. Por un lado, es evidente que el reacomodamiento de valores, esencias y perspectivas que alimentaron la Guerra Fría no ha dado lugar todavía, a un nuevo orden internacional. Por otro lado no existe un mundo unipolar, porque son muchos los elementos y fuerzas que interactúan en la actual escena internacional. Tampoco se han cumplido los vaticinios sobre un supuesto próximo fin de la historia, basado en la homogeneización creciente de las

convicciones políticas y económicas en todo el planeta. Por el contrario, la historia sigue agitando con sus imprevistos y sumando elementos de discordia y de conflicto. Los peligros nucleares se han acrecentado, no sólo por la aparición de nuevas naciones poseedoras de artefactos nucleares, sino también por la posible comercialización ilegal de esos productos tras la disolución de la Unión Soviética. Las hegemonías, militar y económica, no han sido suficientes para imponer un nuevo equilibrio mundial ni para asentar valores duraderos de convivencia internacional. La expansión del narcotráfico y de las mafias internacionales, con sus efectos devastadores sobre las políticas y las economías de las naciones, no ha podido aún ser contenida con medidas eficaces. Tampoco en el área ecológica se han podido realizar avances significativos.

En el área financiera, los movimientos especulativos descontrolados desgarran las economías de los países, comprometen sus producciones y todo esfuerzo duradero y, en suma, afectan toda la economía internacional, sin que hasta el presente se hayan podido acordar regulaciones adecuadas.

Frente a ese turbulento escenario tenemos que repensar con nuestros socios y amigos, las respuestas más razonables a dar a esos dilemas, procurando, además, que ellas se traduzcan en acciones concertadas y moderadoras. El establecimiento de un nuevo orden internacional, fundado en el derecho internacional, en la justicia y en una mayor solidaridad es de interés primordial para países como el nuestro y es por ello que deberemos sustraernos de asumir posturas exageradas y contra-productivas para nuestros reales intereses.

Nos toca hoy vivir en un mundo en el que las ideas de crisis y de inestabilidad económica y financiera, cuando no política, se han transformado en dominantes, con sus tormentosas y contagiosas secuelas en las más distintas regiones, sin que hasta ahora se hayan podido asentar fórmulas de equilibrio duraderas. Ellas constituyen nuestras circunstancias ineludibles. Por ello, la Argentina debe bregar por el restablecimiento de reglas más claras, estables y justas para las relaciones internacionales. Esto implica, en primer lugar, devolverle su indispensable protagonismo a la Organización de las Naciones Unidas y a sus normas para la solución pacífica de los grandes y pequeños conflictos internacionales.

Para países como los nuestros es fundamental restablecer la vigencia del derecho internacional y no quedar librados



a una nueva intemperie en la que sólo predominan la fuerza y las aspiraciones y necesidades de los países más poderosos.

También en el plano económico y financiero debemos procurar que se establezcan normas más justas y previsibles que atiendan a las necesidades de los pueblos y naciones y no sólo a los beneficios de sectores especuladores. Por otra parte, no tiene sentido que se insista en desproteger a nuestras economías, cuando los países centrales siguen subsidiando a sus producciones agropecuarias y entorpeciendo el libre comercio que nos predicán.

La historia argentina no se inicia ni concluye con cada gobierno. Los esfuerzos realizados para deformar nuestra memoria histórica no han logrado su propósito. Tampoco los intentos para presentarnos visiones distorsionadas de la Argentina y del mundo. Debemos volver a adecuar nuestra perspectiva a nuestras reales necesidades y convicciones, sin asumir compromisos en distantes geografías ni pretender ilusorios y estridentes protagonismos.

En ese sentido, no podemos ocultar que a pesar de las apariencias, algunas de las políticas y métodos adoptados en los últimos años han deteriorado la confiabilidad del país en el mundo. Ello es perceptible en distintas áreas y también en diferentes organismos internacionales. No es intentando complacer a los países poderosos e irritando a sus iguales, como una nación adquiere respeto en el escenario internacional. El respeto se logra siendo consecuente y previsible en las políticas, razonable en sus aspiraciones y en la defensa de sus intereses y sobre todo confiable en sus compromisos. El *seguidismo* no es una política. Por el contrario, es contraproducente para nuestro propósito de mantener y acrecentar políticas maduras de amistad con los países más importantes del mundo y en especial con aquellos que comparten nuestros valores y que pueden aportar más a los intereses argentinos.

Por todo ello y en primer lugar debemos recuperar la confianza de nuestros iguales y constituir el punto de partida de una sana política internacional. Como decía un eminente compatriota: "No siempre se puede despertar afecto. Casi nunca conviene suscitar temor. Pero siempre es necesario obtener confianza". Para ello corresponde seguir una actitud sobria y más modesta, menos pretenciosa y artificial.

La política exterior debe recobrar legitimidad, traducir las coincidencias profundas del país y asentarse sobre perspectivas de largo aliento. Sólo así, consensuada en el plano interno por los más significativos sectores políticos y sociales, podrá transformarse en una

real política de Estado y no en un mero expediente para superar escollos circunstanciales.

EL LUGAR DE LA ARGENTINA EN EL MUNDO

También va a ser necesario volver a instalar al país, con serenidad y realismo, en los ámbitos naturales a los que lo alientan su geografía, su historia y su cultura. Un país que no acaba de encontrarse a sí mismo no puede lanzarse con paso seguro por los grandes caminos del mundo.

La Argentina no es una isla en el continente sudamericano. Está instalada en esta región y está ligada desde siempre a sus fortunas y desventuras. Es pues en ese *barrio* natural sudamericano donde la Argentina debe reconocer a sus amigos más cercanos y acordar naturalmente con ellos posturas que fortalezcan nuestros comunes intereses y aspiraciones frente al resto del mundo. Compartimos con ellos -además de tormentosas historias y desencuentros que intentamos superar, comunes convicciones sobre la democracia y los derechos humanos, al mismo tiempo que ya enraizadas coincidencias con respecto a la apertura y desregulación de nuestras economías-, la necesidad de confiar en el esfuerzo privado y en los mercados para el desarrollo de nuestros países, así como la determinación de contar con un Estado que modere y asegure reglas de equidad y justicia. Pero también coincidimos en la conveniencia de integrar cada vez más nuestros esfuerzos y nuestras políticas y que será una condición indispensable para valorizar nuestros intereses en el escenario internacional. Esta nueva concertación a la que se aspira, nos alienta a seguir abiertos al mundo y a participar naturalmente de los valores occidentales, pero desde nuestras singulares perspectivas y circunstancias.

No necesitamos, pues, acentuar nuestra diferencias con nuestro continente, porque lo único que hemos conseguido con ello es irritar innecesariamente a nuestros amigos y vecinos. Por otra parte, nuestras ventajas comparativas deben estimularnos a asumir mayores responsabilidades y deberes, porque sus vicisitudes nos conciernen y sus efectos inciden en nuestro destino.

El principal problema del mundo actual no es la globalización sino la forma en que respondemos a sus desafíos. En ese sentido nuestra prioridad política y económica debe proyectarse en la asociación con el Brasil y en la profundización del



Mercosur, no sólo por las ventajas comparativas que nos ofrece, sino también por la posibilidad de fortalecer nuestras posiciones frente a los grandes problemas del mundo.

En la globalización, la región es esencial. El Mercosur, además de las afinidades históricas, políticas y culturales entre las naciones que lo integran, ha dado ya testimonios elocuentes de sus éxitos en los planos económico y comercial. La complementariedad de las economías y de nuestros dilemas nos alientan hoy más que nunca a procurar armonizar nuestras políticas y a ampliar progresivamente su alcance a toda Sudamérica. Va a ser necesario coordinar también las grandes decisiones macroeconómicas y las estrategias de desarrollo tecnológico y científico, así como los importantes aspectos de la seguridad regional, a fin de potenciar nuestra fortaleza y nuestro desarrollo conjunto. Estos objetivos son hoy indispensables para la subsistencia y consolidación del Mercosur. Los meros intereses comerciales son hoy ya insuficientes para sostenerlo de los embates que se precipitarán de aquí en más, desde adentro y desde afuera, contra su actual estructura.

Una vez que logremos articular un consenso sobre estos renovados requerimientos de la integración, deberemos también impulsar un estrechamiento cultural de la región, a fin de ir creando una nueva visión integrativa conjunta sobre la que se pueda proyectar un orgulloso sentimiento de pertenencia.

Dentro de una renovada estrategia global este apartado adquiere una singular relevancia. La Argentina debe repensar sus políticas de seguridad para ajustarlas progresivamente a los problemas específicos de la región, a fin de evitar que prevalezcan visiones centradas en estrategias ajenas a nuestras latitudes. Ello implicará asumir nuestras propias responsabilidades en la administración de las crisis regionales, con políticas de seguridad cada día más integradas con las de nuestros vecinos. Las incertidumbres y dilemas actuales de Colombia y otros países del área, así como los problemas del narcotráfico y del terrorismo, deben ser encarados con ojos latinoamericanos en la medida en que conciernen a la seguridad regional.

Nuestra reciente condición de aliado extra OTAN, dado su carácter meramente simbólico, deberá así ser subordinada progresivamente y sin estridencias conflictivas a las prioridades que se establezcan en la nueva agenda regional. De este modo se podrán arbitrar soluciones más adecuadas para contribuir a la paz y seguridad internacional.



Todo ello podrá implicar la adopción de acciones conjuntas internacionales, una mayor cooperación tecnológico-militar y sobre todo, la conformación y ejecución de políticas de seguridad mancomunadas. En este capítulo es urgente encarar propuestas novedosas que superen, tanto las visiones geopolíticas clásicas, como las cómodas posturas de aislamiento y no compromiso, que terminan trasladando las responsabilidades a protagonistas distantes.

SIGNIFICACIÓN DE LAS ISLAS MALVINAS

Este tema merece comentarios especiales. La recuperación pacífica de las islas Malvinas no sólo está inscripta como un mandato preciso en nuestra Constitución. Instituye, por sobre todo, una causa muy entrañable para todos los argentinos y un legítimo elemento de identidad nacional. Por todo ello las políticas que se lleven a cabo para alcanzar ese objetivo deben ser serias, consecuentes y no desvirtuadas por veleidades personales o mezquindades electorales.

Algunas de las políticas ensayadas en los últimos años no sólo han desvirtuado nuestras aspiraciones históricas, sino que se han demostrado inconducentes. No hay necesidad de insistir en gestos unilaterales de buena voluntad, sin requerir contraprestaciones adecuadas. Tampoco es conveniente asumir actitudes de resignación, desatendiendo posiciones mantenidas tradicionalmente por nuestro país, para *no incomodar a los británicos y a los isleños*. En contraste, Gran Bretaña ha ido consolidando en los últimos años sus pretensiones sobre acrecentados y valiosos recursos en el Atlántico Sur y mantenido una inamistosa política hacia nuestro país dentro del Tratado Antártico.

Tenemos sólidos y legítimos títulos jurídicos para fundar nuestros reclamos de soberanía y existen consistentes intereses en juego que favorecen nuestras aspiraciones. Es hora, entonces, de encarar con confianza, firmeza y seriedad una renovada política nacional en este tema, que permita utilizar todos los medios diplomáticos y jurídicos disponibles. Para ello, debemos poner en práctica una clara estrategia, de largo y sostenido aliento y sin urgencias subalternas, que refleje los sentimientos mayoritarios del pueblo argentino, para hacer así una verdadera política de Estado y obtener el respeto y el reconocimiento internacional a nuestros justos reclamos por esa porción aún irredenta, de nuestra geografía y de nuestra historia.



LA CULTURA Y LA POLÍTICA EXTERIOR

La política exterior de este nuevo tiempo histórico no debe limitarse a privilegiar los temas económicos y comerciales. Existe hoy una multitud de otros aspectos de interés nacional y que afecta asimismo de modo indirecto a aquéllos.

Es justo destacar que, al igual que en el plano interno, habrá que recuperar para la política su adecuada jerarquía en la escena internacional. El ordenamiento del mundo requiere hoy más que nunca de la voluntad y aspiraciones de los Estados y de la afirmación de valores y normas que los meros intereses no podrán asegurar.

Por otra parte, se deberá tener presente en el diseño y puesta en práctica de esa nueva política, que existen múltiples actores internacionales no estatales y que muchas organizaciones no gubernamentales argentinas participan activamente en la escena internacional, por lo que se debe procurar que sus esfuerzos acompañen nuestras aspiraciones e intereses.

Las culturas ocupan hoy un papel importante en el escenario internacional. Ellas expresan a los países y son instrumentos decisivos de sus políticas en la medida en que aportan prestigios y beneficios económicos no menos importantes.

Nuestro país debe privilegiar los elementos culturales en su política exterior, como instrumentos decisivos de nuestra singular presencia en el mundo. Esto deberá ser aún más explícito en nuestra políticas sudamericanas a fin de poder hacer que nuestras creaciones culturales contribuyan a un mayor conocimiento recíproco y a expandir nuestra amistad en el continente.

La Argentina tiene que retomar sus iniciativas culturales en la región. Estas no responden a pretensiones subjetivas ni a extemporáneas aspiraciones de poder, sino a derivaciones naturales de nuestra propia realidad. La Argentina debe reasumir el sueño de nuestros mayores con la clara conciencia de que nuestra historia, asociada a la de nuestros vecinos, tiene un sentido ascendente y de segura promesa. Consideremos algunas precisiones sobre las políticas culturales de la Cancillería argentina. Las políticas culturales externas deben ajustarse a la estrategia global del país, responder a sus prioridades y ser conducidas por personas con una clara visión política. Por otra parte, habrá que incorporar otras perspectivas a la acción cultural, no circunscribir plásticas o al teatro.



La cooperación universitaria tiene una gran importancia para facilitar el conocimiento y el aprecio de un país. Es relevante, asimismo, hacer un genuino aprovechamiento de las políticas de especialización universitaria en nuestro país. Estados Unidos ha hecho que la formación de extranjeros en sus centros universitarios constituya una fuente muy importante de ingresos económicos y uno de sus más significativos instrumentos de su influencia en el mundo. Todo esto requiere una renovada concepción de la cultura, no centrada sólo en las artes sino en todas las creaciones de la inteligencia y del espíritu.

También son importantes las áreas de la educación, en general, y las de ciencia y tecnología, como asimismo el amplio campo de las comunicaciones y los medios audiovisuales que necesitarían un tratamiento más pormenorizado.

LA CANCELLERÍA Y LOS DIPLOMÁTICOS


Para todas esas tareas será necesario encarar con urgencia un reordenamiento funcional de la actual Cancillería. En primer lugar deberá restablecerse una clara conciencia de que constituye el instrumento decisivo para la inserción argentina en el mundo y para la articulación y puesta en práctica de políticas de Estado y por lo tanto no partidistas o de mero beneficio personal para los gobernantes de turno. En segundo lugar habrá que aliviar el pesado andamiaje administrativo del que ha sido dotado en los últimos años, sobrecargando a la Cancillería con múltiples subsecretarías y direcciones innecesarias. Debe volver a ser un instrumento ágil y eficiente para la defensa y promoción de los intereses nacionales. En tercer lugar será fundamental contar con un cuerpo diplomático pertrechado para las nuevas exigencias históricas e imbuido de estas esperanzadas convicciones de servicio, de servicio a la Argentina y a los intereses de los argentinos en el exterior, espíritu de servicio que ha sido afectado en los últimos tiempos por los frecuentes casos de designación de personal no idóneo, protagonista de numerosos escándalos diplomáticos. La Cancillería cuenta con planteles profesionales de singular competencia. A ellos deberá alentarse para que constituyan la base insustituible de estas nuevas políticas que se postulan. Será indispensable, asimismo, asegurar que nuestros embajadores sean dignos representantes de la República y no procuradores de negocios particulares. Si bien



GUILLERMO JACOVELLA

es cierto que se puede y conviene, como excepción, incorporar como embajadores políticos a gente de real valía o de excepcionales condiciones, no es justo castigar a países amigos con embajadores impresentables.

Debe tenerse presente que los diplomáticos no están para vender directamente productos, si no se dedicarían a los negocios y competirían con los particulares. A ellos les corresponde hacer amigos del país, acrecentar su influencia, defender y favorecer nuestros intereses nacionales y los de nuestros connacionales, alentar la entrada, colocación



e incremento de nuestras exportaciones y prestigiar a la Argentina ante los gobiernos y los sectores más influyentes de cada país. Talleyrand, el gran canciller, requerido por sus embajadores, respondía invariablemente: *Faltes aimer la France* (y sus productos... añadiríamos hoy).

También deberán ponerse en práctica políticas que permitan asociar a los argentinos que están en el exterior a las políticas e intereses permanentes del país. Tenemos, pues, una muy estimulante tarea. Contamos también con las convicciones y las ilusiones necesarias para llevarlas a cabo. ■